

Matrimonio e intelecto

■ Entre whisky y whiskey, mi amigo me confiesa que ha descubierto con pavor que ya no conversa con su esposa. Después de un cuarto whisky está dispuesto a reconocer que nunca ha conversado con ella. Y por cierto que el elemento catalítico por el que ha llegado a este conocimiento, es otra mujer con la que... ¡oh milagro!... conversa.

Se suele criticar la prosaica definición que don Andrés Bello da del matrimonio en el Código Civil. Allí se lee que matrimonio es un contrato por el cual un hombre y una mujer se unen actual e indisolublemente y por toda la vida para vivir juntos, procrear y ayudarse mutuamente. Almas sensibles, reclaman del carácter de contrato que se da al matrimonio equiparándolo a cosas tan prosaicas como son la compraventa, el mutuo o el comodato y que no haya una mención, siquiera, al amor, que debiera ser la piedra angular en que él se equilibra.

A mí, sin embargo, me parece más grave la omisión a la compatibilidad intelectual. Después de todo, si dos personas se unen indisolublemente deberán tener intereses y capacidades comunes que permitieran aquello de vivir juntos y ayudarse mutuamente. Y eso, junto al amor, debiera ser uno de los requisitos de existencia del matrimonio.

Son pocos, sin embargo, los ejemplos que entrega la historia de una pareja en total convivencia intelectual. Por más que se cite la manoseada frase que "tras todo gran hombre hay una mujer", no deja de preocupar que esa mujer esté justamente detrás, sin compartir los frutos y las recompensas de lo que debiera entenderse —si la frase es correcta— como un trabajo conjunto.

Está el caso de los esposos Curie. Un matrimonio en que hombre y mujer, además de amarse, comparten sus vidas tras un objetivo común, en permanente diálogo y con objetivos comunes.

Hay otra pareja más decidora aún en este respecto, aunque menos conocida entre nosotros. Es la formada por Beatrice y Sidney Webb, ingleses, que realizaron una fecunda labor en el campo de las ciencias sociales entre fines del siglo pasado y comienzos de éste. Su unión de más de cincuenta

años, dio por resultado un impresionante número de libros, panfletos y artículos sobre temas que varían entre la educación y la política; la economía y la antropología. Muchos de los libros que ellos firmaron como pareja, aún cuando fueron escritos hace cincuenta o más años, se siguen reimprimiendo.

¿Cómo se llega a una unión matrimonial así, en que el intelecto forma parte activa de la vida conyugal?

En un libro que acaba de aparecer con la correspondencia entre los esposos Webb —de lo que se desprende por lo demás, que su vida intelectual era tan intensa que toda temporal separación necesitaba ser compensada por largas cartas— me encuentro con la misiva por la cual Sidney le propuso matrimonio a Beatrice.

Los términos de la carta están lejos de ser románticos y apasionados. Son más bien los del hombre que está ofreciendo un contrato y, por mucho que esto repela a las almas sensibles, hay que recordar que este matrimonio duró cincuenta felices años.

Traduzco las partes más significativas de esta extraña propuesta matrimonial:

"Sé perfectamente las pocas posibilidades que tengo de ser atractivo para nadie y sé cómo algunos malos hábitos me pueden hasta hacer repelente. Sin embargo, estos pequeños detalles se hundirían en la insignificancia, si ambos estuviéramos en un país enemigo y necesitados de dar la gran pelea para salvar nuestras vidas. Y esa es, después de todo, nuestra posición en nuestros días. Si Ud. se casa conmigo, encontraría una forma de ayudar más y ser más útil a los demás y nuestra unión (al igual que la del Ejército de Salvación) sería una nueva consagración al servicio de la humanidad".

Beatrice contestó afirmativamente esta cerebral proposición matrimonial y, como en los cuentos de hadas, vivieron muchos años, escribieron muchos libros y fueron siempre felices.

Y, que yo sepa, ni Sidney ni Beatrice, nunca se quejaron de que no conversaban con su cónyuge.

Tal vez, en una próxima edición de "las mejores cartas de amor", habría que incluir ésta de Sidney Webb a Beatrice.